



# COLEGIO ANTONIO NARIÑO

HERMANOS CORAZONISTAS

Bogotá D.C.

## EDUCACIÓN EN ETICA Y EN VALORES

MES DE OCTUBRE – 2017

### EL SANTO PADRE A LA JUVENTUD Y AL PUEBLO COLOMBIANO

¡Este pueblo de Colombia, es Sagrado, es un pueblo de Dios!

El Señor no es selectivo, no excluye a nadie; El Señor abraza a todos; todos somos importantes y necesarios para El. Dios nos ama con amor de Padre y nos anima a seguir buscando y deseando la paz, aquella paz que es auténtica y duradera.

Hoy día os digo con entusiasmo y ardor: “Por favor mantengan viva la alegría, es signo de corazón joven y de aquel que ha encontrado al Señor, mantengan la alegría. No se la dejen robar; sépanse el ser amados y elegidos por Dios; Dios nos ama con corazón de Padre, de Padre.

No le tengan miedo al futuro, atrévanse a soñar a lo grande; no tengan vuelos rastreros, vuelen alto y sueñen a lo grande. Con el fuego del amor de Jesús, todo se puede; confíense en Jesús, que les lleve, les sostenga y les comprometa en el amor por los demás.

Ayúdenos a nosotros, los mayores, a no acostumbrarnos al dolor y al abandono; ayúdenos con su sensibilidad especial, con su generosa y sincera disponibilidad por el bien de nosotros, por el bien de los más frágiles y necesitados.

Ante tantas tonalidades que nos ofrece el mundo, ante lo blanco y negro que se viene dando en nuestra sociedad, sepan no caer en la atmosfera del relativismo. Ustedes tienen

la capacidad no solo de juzgar y de señalar los desaciertos, también tienen la capacidad hermosa y constructiva de saber comprender, incluso el error y de saberlo atenuar.

Los jóvenes tienen la gran cualidad de saberse encontrar ante cualquier acontecimiento y enseñarnos que la cultura del encuentro no es solo pensar, vivir, ni reaccionar todos del mismo modo, no es eso. La cultura del encuentro, va más allá de nuestras diferencias; somos todos parte de algo grande que nos une y nos trasciende, somos parte integrante de este maravilloso País; ayúdenos a entrar a los mayores, en esta cultura del encuentro que ustedes practican también.

Vuestra juventud os hace capaces de algo muy difícil en la vida: la de saber perdonar, perdonar a quienes nos han herido y no se dejan enredar de historias viejas, de odios, rencores, envidias, etc... y saben mirar adelante sin el lastre del odio, tratando de crear una Colombia en paz y que nos necesita a todos. Ayudémonos mutuamente a sanar nuestro corazón, que nos sepan contagiar de esperanza y que sus grandes y abundantes ilusiones vayan oxigenando nuestra Colombia y la llenen de utopías saludables.

Jóvenes: vayan adelante, no tengan miedo, arriésguense, sueñen, y miren la vida con una sonrisa nueva; el país los necesita; ustedes tienen el potencial necesario para construir, construir la nación que siempre hemos soñado; los jóvenes son la esperanza de Colombia y de la Iglesia, en compañía de Jesús, que siempre trae noticias buenas. Que las dificultades no los opriman, que la violencia no los derrumbe, que el mal no los venza.

Salgan al encuentro de Jesús que ha vencido el odio y la muerte; afiáncense en el Señor, es el único que nos sostiene, alienta y nos dará la paz.

La Palabra de Jesús tiene algo especial que no deja indiferente a nadie; su palabra tiene poder para convertir corazones, cambiar planes y proyectos.

También en esta querida nación y ciudad de Bogotá, se dan, densas tinieblas que destruyen la vida: las tinieblas de la justicia y de la inequidad social; las tinieblas corruptoras de los intereses personales, que consumen de manera egoísta y de manera desafortunada lo que está destinado para el bienestar de todos; las tinieblas del irrespeto por la vida humana que ciega a diario la existencia de tantos inocentes, cuya



sangre clama el cielo ; las tinieblas de la sed de venganza y del odio, las tinieblas de quienes se mueven insensibles ante el dolor de tantas víctimas. A todas estas tinieblas Jesús las disipa y destruye. Como Pedro, también somos capaces de confiar en el Maestro.

En Bogotá y en Colombia pelegrina una inmensa comunidad, que está llamada a convertirse en una red vigorosa que congregue a todos en la unidad, trabajando en la defensa y cuidado de la vida humana, particularmente cuando es más frágil y vulnerable en el seno materno; pueden dichas comunidades vivas, justas y fraternas, si escuchan y acogen la Palabra de Dios.

Al igual que Simón Pedro, Jesús nos invita al riesgo compartido, a no tener miedo, a ir mar adentro; nos invita a dejar nuestros egoísmos y a seguirlo. A perder los miedos que no vienen de Dios, que nos inmovilizan y retardan la urgencia de ser constructores de la paz y promotores de la vida; a crear y motivar encuentros que son los que verdaderamente nos humaniza.

Todo esto es posible si llenamos de la luz del evangelio nuestras historias de pecado, de violencia y de desencuentro.



Reconciliarse es abrir una puerta a todas y a cada una de las personas que han vivido la dramática realidad del conflicto. Cuando las víctimas vencen la comprensible tentación de la venganza, se convierten en los protagonistas más creíbles de los procesos de construcción de la paz.

Anímense a dar el primer paso sin esperar a que lo hagan los otros.

¡Basta una persona buena para que haya esperanza! Y cada uno de nosotros puede ser esa persona.

Como nos han enseñando San Juan Pablo II debemos llevar a cabo un encuentro entre hermanos dispuestos a superar la tentación del egoísmo y a renunciar a los intentos a los pseudo-justicia; crear y mantener sentimientos fuertes, nobles y generosos, que nos conduzcan a una convivencia basada en el respeto a cada individuo y a los valores propios de la sociedad.

La reconciliación se concreta y se consolida con el aporte de todos; permite construir el futuro y hace crecer en la esperanza. Todo esfuerzo de paz sin un compromiso sincero de reconciliación siempre vendrá siendo un fracaso.

Cada violencia cometida contra un ser humano es una herida en la carne de la humanidad.

Deseo estar cerca de ustedes, mirarlos a los ojos, para escucharlos, abrir mi corazón a vuestro testimonio de vida y de fe. Quisiera llorar con ustedes, quisiera que recemos juntos y que nos perdonemos, yo también tengo que pedir perdón; que todos juntos podamos mirar y caminar hacia adelante con fe y esperanza.

Sus historias son de amor y perdón que nos hablan de vida y de esperanza.

El odio no tiene la última palabra, ya que el amor es más fuerte que la muerte y la violencia; aprendamos en Jesús crucificado la fuerza del perdón y la grandeza del amor.

El amor y la verdad se encontrarán la justicia y la paz se abrazarán.

La violencia engendra violencia, el odio engendra más odio y la muerte más muerte; con Cristo es posible vencer el odio, es posible vencer la muerte y también es posible comenzar una nueva era, una nueva vida.

Con tu amor y tu perdón estás ayudando a tantas personas a caminar en la vida.

Debe haber esperanza para quien hizo el mal; no todo está perdido.

Sanemos aquel dolor acojamos a todo ser humano que cometió delitos, lo reconoce, se arrepiente y se compromete a reparar, contribuyendo a la construcción del orden nuevo donde brille la justicia y la paz. La verdad es una compañera inseparable de la justicia y de la misericordia. La verdad no debe conducir a la venganza sino más bien a la reconciliación y al perdón. No tengan miedo a pedir y a ofrecer el perdón.

Es hora de acercarse, reencontrarse como hermanos y superar las enemistades. Es hora de sanar las heridas de tender puentes y de limar las diferencias. Es hora de desactivar a los odios, renunciar a la venganza y abrirse a la convivencia, basada en la justicia, en la verdad y la cultura del encuentro fraterno.

¡Que seamos constructores de Paz, pidámosle al Señor y pidámosle al Señor que allá donde haya odio y resentimiento, pongamos amor y misericordia!.

El Santo Padre, el Papa Francisco, nos dijo en Medellín: En sus vidas vayan en primer lugar a lo **“Esencial”**; en segunda instancia procuren renovarse, vivir en continua **“Renovación”** y en tercera, traten de **“Involucrarse”** en el plan de Dios para la salvación universal.

**“Ir a lo esencial”**, es ir a lo profundo de la vida, a lo que tiene valor, que no quiere decir romper con todo o con lo que no se acomoda a nosotros. Debemos partir de esa experiencia de Dios y de su amor, de esa presencia amigable, viva y operante del Señor, a través de la escucha de su palabra.

**“El renovarse”**. La renovación no nos debe dar miedo. La iglesia siempre está o debe estar en renovación y dejando las comodidades y los posibles apegos materiales; renovación no al antojo sino firme y basada en la fe y en la Buena Noticia. La renovación supone sacrificio y valentía, para responder mejor al llamado del Señor.

**“El involucrarse”**: El Señor nos manda a buscar a todos, sanos y enfermos, buenos y malos, a todos; no podemos con nuestras actitudes impedir ese encuentro. En la iglesia todos tienen cabida, todos son invitados al encuentro; la iglesia no es nuestra, es de Dios y en ella todos caben a su mirada; no es una aduana que cierre las puertas, ni dé continua prohibición; de prohibido el paso, nada, nada, nada; jamás impedirles o prohibirles el encuentro, se nos pide desarrollar y crecer



con arrojo y en coraje evangélico para saciar el hambre de Dios en tantos seres humanos. Asuman con todas sus fuerzas el seguimiento de Jesús, conózcanlo, déjense convocar e instruir por El.... Llevemos la luz y la alegría del evangelio a todas partes.

Ver sufrir a los niños hace mal alma porque los niños son los predilectos de Jesús.

Manifestemos ese amor que sabe ver a Jesús presente en los más pequeños y débiles y sepamos llevar esos niños a Jesús.

También tengamos presente que es a los pobres a quienes se revela el misterio del amor de Dios con mayor nitidez; los pobres son los preferidos del Señor, nos decía el Papa ante la tumba de San Pedro Claver en Cartagena; un Claver austero y caritativo hasta el heroísmo con los pobres.

De hecho, la caridad ayuda a comprender la verdad y la verdad reclama gestos de caridad.

Nos dice también el Papa que no hay nadie lo suficientemente perdido que no merezca nuestra cercanía y nuestro perdón; ningún proceso colectivo nos exime del desafío de encontrarnos, de clarificar y de perdonar. A nosotros los cristianos se nos exigen el generar un cambio de cultura: a la cultura de la muerte, de la violencia, responder con la de la vida y la del encuentro, de la fraternidad y en especial con el respeto a las sacralidad de cada vida humana, de cada hombre o mujer, de los pobres, de los ancianos, de los niños, enfermos, de los no nacidos, de los abandonados y desamparados.

No es posible convivir en paz sin hacer nada con aquello que corrompe la vida y atenta contra ella.

Jesús nos pide que recemos juntos. Sólo si ayudamos a desatar los nudos de la violencia, desenredaremos la compleja maleja de los desencuentros; la exigencia es construir la paz, hablando no con la lengua sino con manos y obras. Jesús nos prometió acompañarnos hasta el fin de los tiempos y no dejara estéril tanto esfuerzo.

